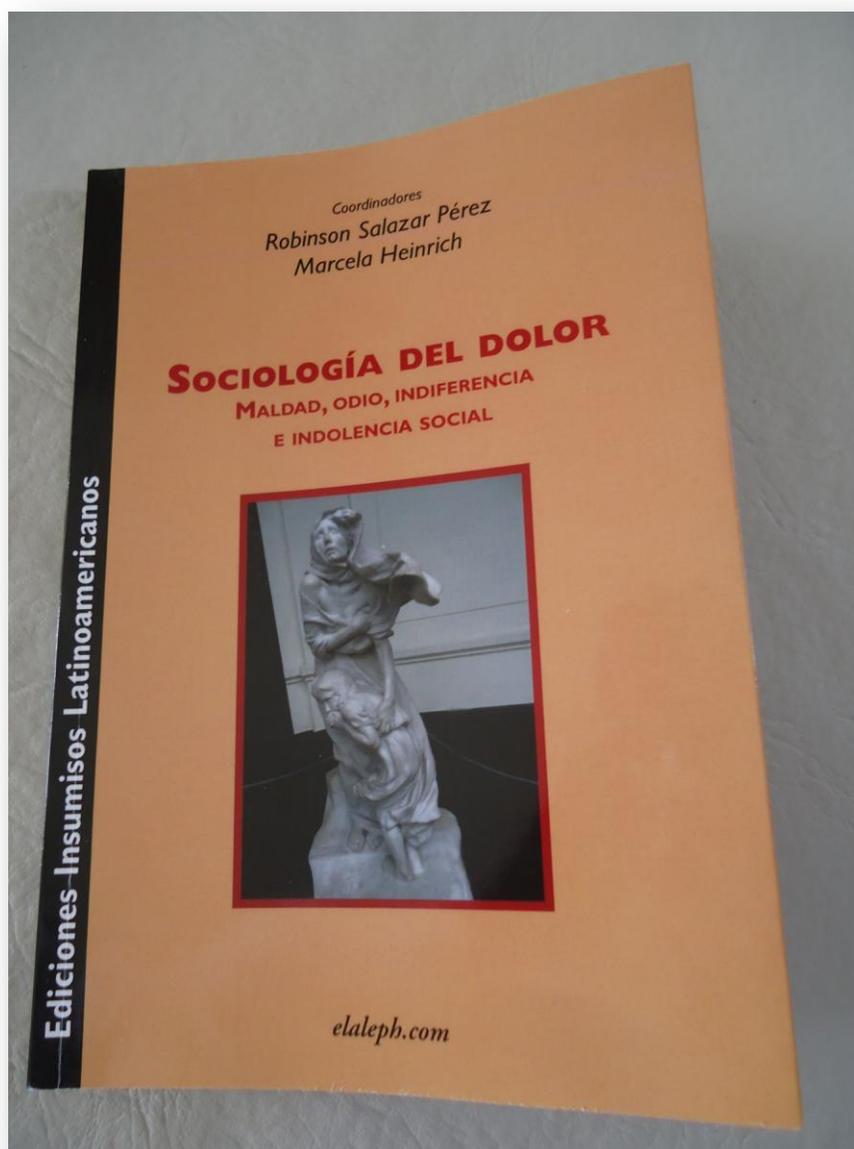


SOCIOLOGÍA DEL DOLOR



Sociología del Dolor

Maldad, odio, indiferencia e indolencia social

Compiladores: Robinson Salazar y Marcela Heinrich

Editorial: Elaleph/

Colección Insumisos Latinoamericanos

132 páginas

ISBN 978-987-1701-75-9
Argentina

*Encontrarse en los otros
discriminarse o aceptarse.*

*Elegirse en los otros
abandonarse o ablandarse
¿Es lo mismo que saberse?*

Marcela Heinrich

Bajo Techo

La génesis de la sociedad nos concesionó con beneplácito el desinterés en las relaciones humanas, a través de ese ingrediente pudieron los grupos humanos erigir sensaciones, sentimientos, afectos, reciprocidades, solidaridad, diálogos y cohesión social, sin ese cemento multivariado no hubiésemos podido arribar al Siglo XXI.

El diálogo, conceptuado sociológicamente como lazo social, eje articulador de percepciones distintas que se conjugaban para intercambiar experiencias, saberes, mitos, eventos y deseo, abrió paso a la humanidad para ampliar el acervo de conocimiento, tener un abanico de opciones para divisar su mundo, descubrir coincidencias, desavenencia, intercambiar destrezas, hábitos, costumbres y conocimiento que convergieron en la confianza, entendido como un entramado de cruces de intimidad, confidencias y valores que cada grupo intercambiaba con los "otros" hasta dar forma a una urdimbre densa de complicidades difíciles de desestructurar en el corto plazo.

Los sentimientos larvados en las relaciones de confianza intra e inter grupal con vínculos perdurables, pizca de dosis de lealtad que subordina los afectos, el interés individual y las emociones a la relación con los demás, fue el subsuelo que dio albergue a la memoria, reservorio importante para perpetuarse como especie y almacén para no reinventarse cada día. La memoria y las habituaciones fueron configurándose de tal manera que tomó forma de plataforma matricial para reproducir la sociedad, puesto que nada envejecía, nada quedó prescrito, contaban con una herencia que se trasmitía generación tras generación hasta arribar a la sociedad moderna.

Profanar la confianza era concebido como un acto contranatural, humillar y devaluar la dignidad de los miembros de otros grupos humanos fue un acto de guerra, incorporar al semejante otorgaba poder comunitario, cohesión social, pertenencia grupal y ante todo permanencia como especie humana.

Sólo se pudo trascender a través del "Otro", la desaparición del semejante cercano los aniquilaba, la unión de fuerzas, conocimiento y destrezas habilitó al ser humano reproducirse hasta poblar el mundo.

Generosidad, solidaridad, familia, escuela, patria, Estado, reciprocidades, socialización, intercambio y afectos eran parte del cuadro del Ethos comunitario, cemento social que ligaba firme e incesantemente los lazos de toda congregación, fuera de este cuadrante se percibía el conflicto y la guerra.

El égida que cubrió los elementos constituyentes del Ethos comunitario fue la seguridad nutrida de la confianza, columna vertebral de toda agremiación, porque a través de ella se revive el pasado, lo retoma como parte de su existencia, lo coloca en el justo lugar y momento para emplazar nuevas tareas o compromisos y resituarlos en el umbral del futuro.

La tendencia de la sociedad moderna fue cimbrada, la célebre reunión del año 1973 convocada por la Trilateral (*Trilateral Commission en inglés*) (1) tuvo la certeza imperial de des-comunizar a la sociedad, de-significar lo colectivo, confrontar ideológicamente las comunidades, reverenciar al individuo competitivo, enaltecer el mercado, el consumo, el hedonismo, la belleza eterna, la moda, colonizar el saber y desnaturalizar las Ciencias Sociales y la Teoría Crítica bajo el paraguas del fin de la historia y las ideologías, fracaso de un mundo alternativo y la perpetuación del capitalismo.

Mancillar todo lo anterior al Siglo XXI que devenía de la certidumbre y el Estado benefactor fueron y aun persisten en los dardos analíticos de los expertos o "*think tank*"

del gran capital que van dirigidos a desarticular la **confianza** que de modo transversal residía y en algunos rincones subsiste hasta hoy.

Destruir la confianza es la mejor estrategia para desestructurar el colectivo, fragmentar las voces discrepantes y sembrar el miedo y terror.

Remplazar la confianza por el odio, la humillación, indiferencia e indolencia es construir una sociedad sin lugar, donde la palabra que uno está secuestrada, la mirada del otro es signo de peligro, el saludo es hipocresía, el quehacer del congénere es competencia, la exclusión es anular al vecino o ser humano cercano, el viejo es estorbo, el enfermo es una carga emocional y económica, el joven es bandolero, la madre soltera una irresponsable, el pobre no tiene lugar en este mundo y la guerra es indispensable para mantener el equilibrio poblacional.

Entonces hay otras "razones" para actuar en el presente, esta vez abandonando la seguridad y la confianza pero cabalgando sobre la bestia que destruye, opaca, amenaza, excluye e insensible ante todo lo que acontece en la sociedad que provoca dolor, injusticia, sufrimiento y consternación. Es un acción social -mimetizada- no mediada por el diálogo ni la concertación.

Es un odio que busca residencia en el cuerpo e imaginario del odiado, para inducir o estimular la auto-eliminación, auto-exclusión y auto-prohibición de derechos y a vivir en el mismo lugar de los "otros".

Su existencia es vigilada y estigmatizada de tal manera que popularizan la idea de que son tormenta de amenazas que se interponen al desarrollo, el "buen vivir" y la modernidad. Son objetos que remplazaron al sujeto, no pueden ser valorados como humanos porque son inconmensurable de acuerdo a la escala de medición subjetiva del excluyente, por lo tanto son descartables, superfluos e innecesarios.

Si abrimos el abanico del observatorio sociológico nos sorprendemos con la variedad y cantidad de dolor social que reside en los seres humanos. Indígenas despojados de sus pertenencias, tradiciones y costumbres, desplazamientos humanos por conflagraciones o desastres naturales, femenicidios, enfermos terminales, niños migrantes, guerras preventivas, criminalización de jóvenes y movimientos populares, madres de desaparecidos, mendigos y sobrevivientes de conflictos políticos, desempleados, cartoneros, buhoneros y en fin, la lista es enorme de sujetos que navegan en el mar de los derechos incautados.

Los temas del libro "**Sociología del dolor**" son imbricados, tejidos e hilvanados con inteligencia en lugares y eventos previamente seleccionados. En comunidades indígenas que sufrieron el despojo y la destrucción de sus recintos comunitarios, en comunidades rurales que resisten denodadamente los despoblamientos, el cambio climático, las inundaciones y los cultivos transgénicos; en las comunidades cualitativamente significativas como son los gitanos, homosexuales, villas confinadas por la pobreza y marginadas por el cuadro de oportunidades, combatientes heroicos que defendieron la patria en decisiones tomadas inesperadamente por militares en las Guerra de las Malvinas y hoy viven en el olvido y sin apoyo alguno, aun cuando ellos renunciaron a todo por atender un llamado autoritario disfrazado con traje patriótico. Y finalmente, la maldad política que desprecia lo humano y privilegia la economía macro-económica, destroza vidas humanas por el desarrollo industrial que transita sobre la banalización del sufrimiento y dirige el quehacer de la virtud de gobernar en un acto de ayudar y servir a los que más tienen y olvidan a los que hacen posible el mundo: los que engrosan las arcas públicas y permiten que la estructura gubernamental se mueva.

Es momento de impedir que prosiga el curso del dolor, que las miradas indiferentes acudan a buscar los factores determinantes que lo producen, de tomar iniciativas colectivas para resarcir los hilos asociativos donde se incuban las reciprocidades e intercambios sociales, de re-encontrarse con el "otro" para encadenar los diálogos

insulares, de anular el individualismo exacerbado, de recuperar lo público para instalar espacios dialogantes para discutir lo que nos importa a todos, de reinstalar la política en el eje orientador de la sociedad y ante todo a exigir de modo enérgico una ley de medios que haga respetar las normas, que los MAS-Media se apeguen a la ley vigente y ante todo, que informen y deje el campo de la manipulación grotesca, la mentira y los odios a un lado, de lo contrario, que la ley sancione con retirar la concesión que el Estado otorga.

Estamos en un punto de inflexión que nos pone ante una bifurcación: O la civilización se extingue a través de las guerras, el odio y la mentira o construimos la sociedad que acompase los cambios tecnológicos y brinde mejores espacios de bienestar social y seguridad para todos.

Notas

1/ *Trilateral Commission* , en <http://www.trilateral.org/>

Robinson Salazar P.

Marcela Heinrich

Septiembre 13 de 2014